

Degustar y gozar la alegría del misterio de la Buena Noticia: el amor sobreabundante

María Belén Tell*

Sumario

A partir de un abordaje antropológico, asumiendo las exhortaciones del Papa Francisco en su célebre "*Evangelii Gaudium*" (EG) y como claves para un mundo mejor, procuraremos iluminar y profundizar en la autenticidad de la fe así como en el sentido que implica la alegría y el gozo del misterio central del Evangelio, a saber: *el amor sobreabundante de Dios Trino*, para conducirnos en la paulatina aceptación de dicha sabiduría del amor-don superabundante, maximizada en el misterio de la Resurrección, y así poder *vivir* en primera y tercera persona esa experiencia de ser testigos y testimonios de Dios-relación, en cuanto discípulos y misioneros de Jesucristo por la acción del Espíritu.

Palabras clave: Alegría/gozo - amor sobreabundante - fe - persona - relación.

* Doctora en Filosofía. Magíster en Cs. de la Familia. Profesora e investigadora de las Facultades de Teología y de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás Bogotá, Colombia. filosofia8@yahoo.com



To savour and enjoy the mystery of the Good News: superabundant love

Summary

From an anthropological perspective, the exhortations of Pope Francis in *Evangelii Gaudium* are key for a better world. We will attempt to enlighten and deepen in the authenticity of faith, the sense of real joy that springs from the central mystery of the Gospel, the superabundant love of the Triune God. This will lead us to the Pauline discovery of the wisdom, the fruit of superabundant gratuitous love, especially in the mystery of the Resurrection. It enables us to live, both in the first and third person, the experience of both being witness and receiving witness of the God relationship in missionary discipleship of Jesus Christ through the power of the Spirit.

Key words: Joy - superabundant love - faith - person - relationship.



1. MÁS ALLÁ DE LAS “SOSPECHAS”, LA AUTENTICIDAD DE LA FE

Consideramos sugerente y provocativo iniciar este artículo con los siguientes interrogantes: ¿vale la pena hoy por hoy profesar una “religión”, creer en Dios Uno y Trino, creer en Jesucristo resucitado y en su Espíritu enviado, si no interesa verdaderamente la con-versión permanente y personal de cada cual? ¿Vale la pena auto-denominarse cristiano, o celebrar los sacramentos y rituales, si no se procura estar atento a “ver”, a “disfrutar” o a gozar realmente de *lo que* tales *Misterios* nos regalan, nos presentan actualizados y nos prometen?

La fe sin un hondo movimiento interior, sin rebeldías sinceras, sin quejas, sin sacudidas profundas y sin dudas existenciales, así como sin la verdadera alegría, sin el goce sutil y super-abundante que significa la presencia y relación gratuita y amorosa de Dios en nuestra propia biografía, sin el disfrute de la maravillosa pureza y sencillez real que implica ser hijo adoptivo en Jesucristo, deja de ser fe para, tal vez, traducirse en una ilusión, en una *proyección* individual y caprichosa de nuestros propios temores y represiones, en tanto búsqueda incesante, parafraseando a S. Freud, de esa figura paterna vulnerada y ausente, que nos termina encerrando en un círculo vicioso psicológico de “anhelo eternamente insatisfecho”, cual Sísifo con su pesada piedra, y entonces Freud estaría totalmente en lo cierto. O bien, se tornaría la fe en una construcción singular o en una *idea* nuestra también proyectada externamente, que deviene en un gran “dictador” que nos somete, domina y aliena convirtiéndose finalmente en el “opio” humano, y entonces coincidiríamos a cabalidad con L. Feuerbach y



K. Marx¹. Pero también podría la fe ser un artificio o engaño que la historia haya inventado, para obtener seguridad, poder, dinero, y entonces no haya en el universo más que materia, luz y «cuantos» de energía, células, nano-partículas atómicas que combinadas adecuadamente y trabajadas técnicamente, pueden transformar todo aquello conquistado por el ser humano y colocarlo a este en el puesto de dios, y justamente lograr lo que aquel ha querido siempre, de ahí su *hybris originaria*² que en cada época reviste un *rostro* distinto y determinado, pero *hybris* al fin y al cabo. En este grupo podrían figurar, siendo un tanto flexibles en el análisis, desde Nietzsche hasta varias de las corrientes científico-filosóficas materialistas y funcionalistas contemporáneas, que no dejan de reducir el cosmos a un poco de polvo de estrellas, y en este al ser humano mismo.

En otro aspecto y siguiendo con el hilo argumentativo, vemos que también la fe –y más precisamente dentro de la Iglesia– sin la vivencia que conlleva el verdadero “*Gozo del Evangelio*”, quedaría restringida y entibiada en una mera práctica literal vacía, formal y descomprometida, o bien, como un trabajo de escritorio, o actividad sacramental anodina, de gestión gerencial y aislada completamente del sentido, misterio y servicio al que está llamada, o también se la vería como una instancia para “surgir”³ socio-económicamente. Y asimismo, la fe podría ulteriormente caer en una práctica de deber ético-moral o legalista, dejando de lado la lógica extraordinaria del misterio de la Misericordia, o podría igualmente redundar en una vivencia mágica y a la carta, donde de aquella sólo se esperaran soluciones cabalistas a los problemas y dificultades, o bien la hiciéramos a nuestra imagen y semejanza tomando lo que nos conviene, y quitándole lo que no nos acomoda o no nos “gusta”.

Por lo tanto, sin tener bien presente lo que implica nuestro origen en tanto creatura humana, sin estar abiertos a comprender

¹ Véase COURTH, Franz. *Dios, amor trinitario*. Vol. VI. Valencia: EDICEP, 1994, pp. 29-35. ESCUDERO TORRES, Esteban. *Crear es razonable. Fenomenología y filosofía de la religión*. Valencia: Siquem, 1997. Parte segunda: *El rechazo de la religión*.

² Vocablo griego que significa orgullo, soberbia, “presunción”, hace alusión a la pretensión humana de querer ser más de lo que es, o ser otra cosa distinta a lo que es, o bien directamente anhelar ser Dios.

³ Término empleado coloquialmente como modismo castellano en varios países latinoamericanos, para significar la posibilidad de postular a *tener* mejores oportunidades, sean laborales, económicas, de reconocimiento o estatus social, eclesiástico, entre otras.

por la acción del Espíritu qué significa ser hijos en el *Hijo*, y en consecuencia cuál es nuestra dignidad ulterior así como nuestro sentido y destino personal, comunitario, eclesial y universal, la fe queda relegada como una linda palabra pero sin poderse degustar ni saborear como el Don y Virtud teologal que es. La fe parte como don u obsequio libre y gratuito de Dios, es un regalo de amor para poder ser *verdaderamente felices* disfrutando y siendo testigos de la relación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en comunión con cada persona, y en testimonio con la humanidad toda, intra y extra-eclesialmente. Y esta relación nos enseña el real significado del ser del hombre y de la mujer, así como del origen, del sentido y destino sobrenatural al que la humanidad está llamada. Y este destino ya se puede gozar aquí pero no total ni perfectamente, y en este “ya, pero todavía no del todo” el ser humano tiene la posibilidad de conocer, de amar y de esperar a poder ver cara a cara a *Aquel* que es alfa y omega del universo y de la propia existencia. Y esta felicidad posible en este mundo, no obstante, estará seguramente a veces atravesada por la cruz, por la decepción y frustración, por la horfandad, por la soledad, por la miseria y pobreza, por el dolor y el sufrimiento-padecimiento, por la violencia y la guerra, por la incertidumbre y el desconcierto, por la nada, por la experiencia de estar exiliado o de ser extranjero, en ocasiones por el silencio de Dios mismo, por la viudez y por la muerte de los hijos, por la enfermedad y el sin-sentido; empero, esta felicidad se funda en la *verdad-caridad* de Dios (cf. Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*), del hombre y del mundo, y por tanto nos advierte que es posible dicha felicidad atravesando y cruzando ese mar de desolación y muerte humana y mundana, porque sabemos que todo aquello no constituye la última palabra, sino que la última palabra es la constante, paciente y amorosa *Voz de Dios* que nos dice: «¡Te amo!», y a continuación «¡Ámame!». Y si queremos ser felices fuera de esta lógica del Reino traducida en una lógica de amor super-supra-abundante y sobrenatural que siempre nos llama e invita a algo novedoso, y a mirar, a escuchar, a sentir, a pensar, a querer y a actuar en el mundo desde esa lógica “... *que-déme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo*”⁴, seguiremos fantaseando continuamente con una felicidad externa a nosotros, diluida

⁴ DE LA CRUZ, San Juan. Coplas de San Juan de la Cruz hechas sobre un éxtasis de harta contemplación.



en las diferentes máscaras de la hybris antropológica y expectante, en última instancia, de encontrar reflejado en el río, cual Narciso, nuestro propio rostro para correr a abrazarlo y besarlo.

En este contexto, entonces, y asumiendo las exhortaciones del Papa Francisco en su célebre “*Evangelii Gaudium*” (EG) y como claves para un mundo mejor (cf. EG, n. 183), procuraremos iluminar y desentrañar lo comentado precedentemente a partir de un abordaje antropológico filosófico, para conducirnos en la paulatina aceptación de la lógica del amor sobreabundante, maximizada en el misterio de la Resurrección, y así poder degustar y gozar la alegría del misterio de la Buena Nueva, o sea, de poder vivir en primera y tercera persona esa experiencia de ser testigos y testimonios de Dios Trino, en cuanto discípulos y misioneros de Jesucristo por la acción del Espíritu.

2. EN EL RE-ENCANTAMIENTO DE LA ALEGRÍA, PUREZA Y SENCILLEZ DE SER HUMANO Y CRISTIANO

Procurando proseguir con las respuestas a los cuestionamientos del comienzo, el Papa Francisco inicia su Exhortación Apostólica EG asumiendo ciertos pasajes bíblicos que nos retrotraen a la vivencia originaria y original de la identidad cristiana, a saber: *la alegría cristiana bebe de la fuente del corazón rebosante de Dios amor* (cf. EG, n. 5), impulsándonos así al verdadero dinamismo de la realización personal en el descubrimiento de “... otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros” (EG, n. 10). Y por tanto, “¿por qué no entrar también nosotros en ese río de alegría?” (EG, n. 5), en la alegría verdadera no sólo del cristiano sino de toda existencia humana, ya que

llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. (...) Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros? (EG, n. 8).

Consideramos que en las líneas precedentes reside el corazón y sentido profundo de ser persona y de ser cristiano, ya que existe



una estrecha relación entre ambos dado que la experiencia cristiana, en cuanto seguimiento e imitación de Jesucristo por la acción del Espíritu en comunión con el Padre, permite dilatar, abrir y ensanchar nuestra existencia humana, y reubicarla como realidad renovada en esa “otra” ley sobre-abundante de la entrega gratuita y del *don amoroso*, que consolida verdaderamente la vida humana mostrándole una senda aparentemente paradójica, pero totalmente posible, en la cual la vivencia integral de lo sobrenatural y *trascendente* iluminan el corazón y la razón, así como la voluntad y el anhelo de ultimidad, brindándoles respuesta pero sobre todo el sentido del *por qué* estamos vivos: *por don-amor y para el amor-don*⁵.

La alegría de esta sabiduría amorosa, de recibir la Buena Noticia y a su vez de transmitirla, tiene que ser evidente y expresarse existencialmente en la propia biografía de cada cual, puesto que

... se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza». En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás (EG, n. 86).

La alegría reside en beber de la fuente del corazón rebosante de Dios amor y así ser transformados en *cántaros testimoniales*, en vasijas contenedoras del amor de Dios, dispuestas y abiertas a don-ar esa *agua viva* de su misterio y palabra, a irradiar y reflejar esa alegría recibida y a su vez re-don-arla a los demás. Y si bien “el Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura” (EG, n. 88), esta alegría por el amor y ternura de Dios trino no es en absoluto ingenua ni mágica, ni infantil, ni un sentimentalismo inocente sin más, sino que la propia relación de fe en su dinamismo de gracia y camino de madurez posibilita, por ejemplo, la experiencia “... de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos” (EG, n. 99).

⁵ Véase MERINO BEAS, Patricio. El teólogo como discípulo. Experiencia y desbordamiento de Dios. En: Teología y pastoral para América Latina. *Medellín*, v. 35, n. 139 (2009); pp. 391-416.



La alegría por la presencia y amor inmensos de Dios no se traduce, sin embargo, en una enajenación de la realidad, en vivir una existencia aparente y falsa esperando constantes actos extraordinarios de Dios, sino por el contrario, radica en no ceder ante la envidia, en acciones pequeñas pero fuertes en el amor de Dios, y así “... como san Francisco de Asís, todos los cristianos estamos llamados a cuidar la fragilidad del pueblo y del mundo en que vivimos” (*EG*, n. 216). La alegría del cristiano y de toda persona humana invitada por este anuncio, no reside en la confianza o tranquilidad de que no tendremos más problemas ni sufrimientos, o que obtendremos lo que deseamos y nuestra vida estará libre de cruces y decepciones, claro que en todo esto no consiste la alegría del amor del cristiano, sino en la certeza cabal de que Dios trino acompaña íntimamente a los hombres y mujeres, e impulsa el despliegue del ser de cada persona hacia su pleno cumplimiento para su Gloria, proyectado en la vivencia de re-donación de este amor, en el seguimiento e imitación de Jesucristo por el Espíritu, en el cual estaremos atentos a velar no sólo por la propia fragilidad, sino por la de los pueblos y la del mundo.

En este sentido,

la Buena Noticia es la alegría de un Padre que no quiere que se pierda ninguno de sus pequeñitos. Así brota la alegría en el Buen Pastor que encuentra la oveja perdida y la reintegra a su rebaño. El Evangelio es levadura que fermenta toda la masa y ciudad que brilla en lo alto del monte iluminando a todos los pueblos. El Evangelio tiene un criterio de totalidad que le es inherente: no termina de ser Buena Noticia hasta que no es anunciado a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre, y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino (*EG*, n. 237).

Esta semilla de la Buena Nueva nos fecunda y nos convierte en cántaros sanando nuestras propias heridas y dejándonos dispuestos para comunicarla a otros. Esta palabra-semilla es una *relación*, una relación que transforma y hace re-encontrarse verdaderamente con el ser profundo de cada uno, y es precisamente dicha relación la que inunda de alegría la existencia en medio del dolor, de la des-espe-



ranza, de la muerte, dado que invita a vivir desde otra lógica, desde una nueva sabiduría de donación y entrega, donde la felicidad y la realización no están puestas en un espacio o meta concreta y precisa que alcanzar, sino que la propia relación, el propio caminar en esa relación es ya la felicidad y plenitud terrena hecha carne.

Generalizadamente, empero, se suele considerar que todo esto no es posible, que ser partícipe y experimentar en primera persona todo lo enunciado líneas arriba

... hoy es más difícil; sin embargo, reconozcamos que las circunstancias [por ejemplo] del Imperio romano no eran favorables al anuncio del Evangelio, ni a la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana. En todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo y, en definitiva, la concupiscencia que nos acecha a todos. Eso está siempre, con un ropaje o con otro; viene del límite humano más que de las circunstancias. Entonces, no digamos que hoy es más difícil; es distinto. Pero aprendamos de los santos que nos han precedido y enfrentaron las dificultades propias de su época (EG, n. 263).

La clave justamente de la verdadera alegría de la Buena Noticia es la certeza de gozar y comunicar el amor sobreabundante y misericordioso de Dios, entregado gratuitamente y visiblemente reconocido en los diversos modelos de santidad de las distintas épocas, condiciones y lugares. Concluimos así este apartado preguntándonos lo siguiente: si no tengo fe, ¿sí o no, tiene la vida un *sentido* y el hombre un *destino*...?⁶, y si profeso la fe, ¿vislumbro como horizonte de alegría cristiana la plegaria a Dios trino solicitando la conquista permanente y dinámica de la *santidad* personal y comunitaria, con toda la audacia-valentía, convicción, determinación, mansedumbre, entrega y astucia que requiere?

⁶ Cf. BLONDEL, Maurice. *L'Action* (1893). *Essai d'une critique de la vie et d'une science de la pratique*. 3ra. ed. Paris: Presses Universitaires de France, 1973, p. VII.



3. ¿CÓMO CONQUISTAR Y GOZAR DE LA VERDADERA ALEGRÍA? HACIA EL «¿QUÉ BUSCÁIS?» ANTROPOLÓGICO

Continuamos interrogándonos, ¿cómo se conquista diariamente, entonces, la verdadera alegría anunciada en el Evangelio y recibida en el bautismo? Y si tenemos fe, ¿cómo mantenernos *enamorados* (cf. *EG*, n. 266) en esa relación de fe, e irradiar esa alegría del amor recibido y re-don-ado a los demás atravesando las cruces y las *llagas* (cf. *EG*, n. 270) de cada día? ¿Cómo reemplazar la actual *lógica* pragmática, reificadora, instrumental y ajedrecista, por esta dinámica y siempre renovada invitación de amor, por esta *sabiduría* gratuita y entregada, delicada y sencilla del amor-perdón (cf. *EG*, n. 101) y misericordia de don-arse sin causa aparente, o sea, sin cálculo ni motivo, sino simplemente porque el *amor* es la fuente y horizonte originario y último de *sentido* y *destino* humanos?

Podemos antropológicamente brindar alguna luz respecto de tales inquietudes, y atrevemos a afirmar que sin una previa “síntesis pasiva”⁷, sin un previo auto-reconocimiento, conocimiento y aceptación de sí-mismos, no será posible una respuesta libre y *auténtica de fe*. Puesto que lo que no se asume no se redime, por ende, sin la previa asunción de nosotros mismos, sin un “encuentro vivencial con la verdad”⁸ personal de cada uno en el re-conocimiento y aceptación de la propia existencia y biografía, no podremos lanzarnos (cf. *EG*, n. 280) al sencillo y pleno disfrute que significa la alegría de la relación de amor con Dios, donde radica asimismo su Gloria: que toda creatura e hija/o suyos puedan gozar de *Su* vida íntima y trinitaria de amor-comunión.

Por lo tanto, la cuestión consiste ahora en ¿cómo, o desde dónde iniciar ese itinerario existencial y personal consigo mismo? El hilo de Ariadna que nos conducirá al *cara a cara* con nosotros mismos consideramos que aparece precisa y felizmente enunciado en la pregunta de Jesús: « ¿Qué buscáis? » (*Jn* 1, 38a), sólo en la verdad

⁷ Véase YEPES STORK, Ricardo. *Fundamentos de Antropología*. Pamplona: Eunsas, 1976, pp. 69, 162ss.

⁸ Cf. YEPES STORK, Ricardo. *Entender el mundo de hoy*. 4ta. ed. Madrid: Rialp, 2001, pp. 53-68.

y realidad de la respuesta podrá cada cual reconocer «*dónde está*» ubicado, hacia dónde va, cuál es su horizonte, y si lo que anhela en la relación de fe es su purificación y conquista de la alegría del amor de Dios traducida en una invitación a la *santidad*, o bien, en imitar y seguir –en conciencia– otros caminos..., porque “Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa” (EG, n. 71).

En consecuencia, es hora de forjar y velar por

... «la conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, [que] son requeridos a todos». Temo que también estas palabras sólo sean objeto de algunos comentarios sin una verdadera incidencia práctica (EG, n. 201).

La incidencia práctica, así como la experiencia y ejecución de tales rumbos, se concretan en la vivencia del encuentro con la verdad de sí-mismo y en ella la apertura o negación de la invitación de la Buena Noticia. Y paralelamente, la honda e indefectible verdad sobre nosotros mismos no la podremos abrazar realmente si Él no nos toca⁹:

¡cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás (EG, n. 264).

⁹ Véase AGUILERA, Manuela. *Teresa de Jesús, fuente de humanidad, maestra de experiencia*. Fiesta de Santa Teresa de Jesús, 15 de octubre de 2010. En <http://www.acitmlm.es/materiales/santa%20teresa.pdf>; p. 5s.



No hay nada mejor para transmitir a los demás ni tampoco para vivir cada uno, dado que cualquier anhelo trivial e inmanente que nuestra coordinada espacio-temporal quiera imponernos o inculcarnos, no roza siquiera nuestro *ser* personal, en cambio esta invitación de amor y de espíritu contemplativo se enraíza en todas las fibras y tramas más profundas y arcanas de nuestra existencia humana, conduciéndola hacia una realización inefable y desbordante que posibilita el gozo de la alegría decisiva y sobrenatural del amor, colocando en su justo sitio todo deseo de placer cultural e inmanente, y ensanchando la existencia del ser humano hacia el cumplimiento de su *llamado*, que mientras no se *responda* aguardará sólo como promesa incumplida. Por consiguiente,

el entusiasmo evangelizador se fundamenta en esta convicción. Tenemos un tesoro de vida y de amor que es lo que no puede engañar, el mensaje que no puede manipular ni desilusionar. Es una respuesta que cae en lo más hondo del ser humano y que puede sostenerlo y elevarlo. Es la verdad que no pasa de moda porque es capaz de penetrar allí donde nada más puede llegar. Nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor (EG, n. 265).

En este sentido, la cruz, la tristeza, nuestras desazones, frustraciones y sufrimientos no son en absoluto la última palabra (cf. EG, n. 270), así como tampoco nuestras miserias para con Dios cuando nos apartamos de su camino; sino que la última, siempre actual y presente Palabra es la relación de fe permanente con Jesucristo por medio de la eucaristía, de la oración, de los sacramentos y de la vida comunitaria, confiando en "... que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad" (EG, n. 278), y que las semillas de su Reino están activas y desplegándose en este mundo, ya que la *resurrección* del Señor ha comenzado a renovar todas las cosas hasta su plena consumación. Y esta experiencia del «sentido de misterio» (cf. EG, n. 279) reviste la certeza de una *fecundidad* producto de la relación de fe y de confianza en el Señor; la fecundidad a la que está llamado el cristiano es insospechada, *nada se pierde*, todo posee un inédito sentido y



destino en el Plan Salvífico de Dios, y en la relación con Él se nos convierte en cántaros y manantiales fecundos aunque no sepamos ni divisemos exactamente cómo, ni dónde, ni cuándo acontece¹⁰. Y es justamente esta vivencia de fecundidad que se traducirá en el

... compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Más allá de toda apariencia, cada uno es *inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega*. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida. Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres! (EG, n. 274).

En el reconocimiento y discernimiento personal, y en la simultánea apertura a la relación de fe y participación en la intimidad del dinamismo de amor gratuito de Dios, seremos capaces de vivir la suma alegría de nuestra realización como Gloria de Dios, “se trata de dejarse transformar en Cristo por una progresiva vida «según el Espíritu» (Rm 8,5)” (EG, n. 162), y traducida en el seguimiento e imitación de Jesús, en ser discípulos y misioneros suyos (cf. EG, nn. 24, 120), en los cuales nuestro discipulado y misión no constituyen una característica externa y superflua, sino nuestro *nombre* propio en esta tierra, ya que no “tenemos” una misión, sino que estamos llamados a encarnar, a “*ser una misión*”, y agregamos nosotros, a “*ser*” un *testimonio de Jesucristo en esta tierra* (cf. EG, n. 273).

¹⁰ Confróntese STEIN, Edith. *Los caminos del silencio interior*. Trad. Andrés Bejas y Sabine Spitzlei. Madrid: Ed. de Espiritualidad, 1988, p. 135s.



4. ALGUNOS ALCANCES FINALES: EL “POLIEDRO” DE LA PAZ, Y EL GENUINO SENTIDO DEL DISCIPULADO MISIONERO

Consideramos oportuno cerrar este sencillo y modesto escrito, con un tema crucial en la historia humana, y sobre todo también en estos tiempos donde se reproducen sin tregua guerras y conflictos armados, terroristas y bélicos de todo tipo a lo largo y ancho del orbe. En este sentido, todas las orientaciones pastorales con su fundamento y manantial teológico-bíblico, tienen como horizonte supremo la conquista de la paz personal y socio-comunitaria. Por ende, la Exhortación Apostólica *EG* nos acerca al respecto varios alcances insondables que dan cuenta de la importancia y urgencia del trabajo por la paz, no sólo como fruto del Espíritu y de la fe, sino como tarea y finalidad propia de toda existencia humana genuina. Uno de los aspectos cruciales al respecto pasa por el compromiso en primera persona ligado a los conflictos varios, ya que ante estos

... algunos simplemente [los] miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. «¡Felices los que trabajan por la paz!» (*Mt* 5,9) (*EG*, n. 227).

La sabiduría del amor sobre-superabundante, esta Buena Noticia, lo que posibilita es justamente el cambio de mirada, de pensamiento, de voluntad y acción, porque se reemplazará la lógica de opuestos, donde la persona queda sumida en alguno de los polos conflictivos internos, o bien en alguno de los actores del conflicto externo permaneciendo en constante tensión sin resolver, ni dialogar, ni restaurar la unidad y continuidad de los vínculos, relaciones y funciones dentro de sí y con los demás sin graves consecuencias.

Es importante destacar en tal circunstancia, que dada la estructura ontológica humana herida y en desproporción interior, esta



misma desarticulación genera exteriormente la multiplicidad de conflictos y desacuerdos por doquier familiares, laborales, socio-culturales, políticos, entre otros¹¹. La interioridad personal está amenazada constantemente por una “*dispersión dialéctica*”, como consecuencia de su debilidad y fragilidad originarias, de su herida constitutiva. Por consiguiente,

la paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente «haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (*Col 1,20*). Pero si vamos al fondo de estos textos bíblicos, tenemos que llegar a descubrir que el primer ámbito donde estamos llamados a lograr esta pacificación en las diferencias es la propia interioridad, la propia vida siempre amenazada por la dispersión dialéctica. Con corazones rotos en miles de fragmentos será difícil construir una auténtica paz social (*EG*, n. 229).

La paz verdadera es producto del encuentro con Jesucristo, porque la gracia del Espíritu acompaña sanando nuestras desproporciones, polaridades o dualidades, las oposiciones o discordancias internas y, en definitiva, la no-coincidencia con nosotros mismos, que aunque permanezca en una arraigada *tensión* en esta vida terrena, dicha resistencia se abre y enmarca en una sabiduría trascendente y sobrenatural que le hace experimentar una realidad suprema y gozosa de paz. En la relación amorosa superabundante de fe, la existencia herida se restaura en una renovada coordinada, donde la entrega gratuita y la donación personal son las claves de la alegría y realización humanas. En este sentido,

el anuncio de paz no es el de una paz negociada, sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades. Supera cualquier conflicto en una nueva y prometedora síntesis. La diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una «diversidad reconciliada», como bien enseñaron los Obispos del

¹¹ Véase RICOEUR, Paul. *Philosophie de la volonté 2. Finitude et culpabilité: L'homme failli-ble*. Paris: Aubier, 1960, pp. 148ss.



Congo: «La diversidad de nuestras etnias es una riqueza [...] Sólo con la unidad, con la conversión de los corazones y con la reconciliación podremos hacer avanzar nuestro país» (EG, n. 230).

Y a diferencia de concebir la pluralidad y diversidad como aspectos problemáticos o irreconciliables, la belleza de tal riqueza precisamente entre personas, etnias, culturas, experiencias y voces humanas, permiten el disfrute de una “*diversidad reconciliada*”, que en lugar de restar identidad y singularidad aporta creatividad, originalidad y compromiso en la unidad plural, diversidad capaz de reconciliación asumiendo el conflicto y más allá de aquel. Los conflictos constituyen así verdaderos canales de crecimiento y madurez, ya que ponen en ejecución y práctica todas las capacidades, herramientas, y virtudes personales y comunitarias al servicio de una unidad existencial fértil y reconciliada consigo misma y con la otredad.

En dicho contexto, el *modelo* que simboliza o ejemplifica esta experiencia no reside en la esfera, dado que

... no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno. Allí entran los pobres con su cultura, sus proyectos y sus propias potencialidades. Aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse. Es la conjunción de los pueblos que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad; es la totalidad de las personas en una sociedad que busca un bien común que verdaderamente incorpora a todos (EG, n. 236).

Por lo tanto, este “... proyecto de paz, proyecto de civilización universal, libre, justo y de forma gozosa-alegre”¹², se encontra-

¹² CHANGEUX, Jean-Pierre - RICOEUR, Paul. *Ce qui nous fait penser. La nature et la règle*. Paris: Éd. Odile Jacob, 1998, p. 329.

ría representado en la figura del *poliedro*, construido con lo mejor de cada uno, con los proyectos, las culturas, las potencialidades y peculiaridades de cada cual, incluso asumiendo los errores propios de lo humano, incorporando a todos en pro del bien común.

Lo altamente relevante es que dicho proyecto de paz, en cuanto poliedro, se configura también, y muy especialmente, con las personas no creyentes, puesto que la interpelación «¿*Qué buscáis?*» toca y llama a todos y a todas, creyentes y no creyentes, todas y todos buscamos algo, y en el re-conocimiento y aceptación de aquello es que nos encontramos, nos solidarizamos, porque la existencia humana siempre anhela verdad, bondad y belleza, por el sólo hecho de serlo, y en esta búsqueda sincera y auténtica es que las personas también nos enriquecemos, conquistamos la paz y nos hermanamos en el esperanzador poliedro de la humanidad.

Los creyentes nos sentimos cerca también de quienes, no reconociéndose parte de alguna tradición religiosa, buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza, que para nosotros tienen su máxima expresión y su fuente en Dios. Los percibimos como preciosos aliados en el empeño por la defensa de la dignidad humana, en la construcción de una convivencia pacífica entre los pueblos y en la custodia de lo creado. Un espacio peculiar es el de los llamados nuevos *Areópagos*, como el «Atrio de los Gentiles», donde «creyentes y no creyentes pueden dialogar sobre los temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia». Éste también es un camino de paz para nuestro mundo herido (EG, n. 257).

Pero sin olvidar que tales retos nos llaman y *con-mueven* a todos, todos los que por el hecho de ser personas, y personas creyentes, debemos hacernos cargo y responsables de estas expectativas, y así comprometernos encarnizadamente en tales derroteros, imposibles de concretarse si las manos y la acción de cada uno no los fomentan, fortalecen y pregonan.

Lo último que resta destacar, es cómo y desde dónde será posible todo lo anterior tomando las riendas de la propia vida, que en



lugar de permutarlas u ofrecerlas tibiamente a la cultura, a las ideologías de turno, a las vanas modas, nos las apropiemos y nos hagamos “*dueños de sí-mismos*” viviendo desde la convicción y honda experiencia de saberse y sentirse amados por Dios, que es la fuente de todo don y posible acción buena, superabundante y gratuita entre los seres humanos. En consecuencia, en cada gesto, en cada acto, en cada palabra, en cada función, en cada relación, pensamiento, anhelo y afecto, debería manifestarse o traslucirse en nosotros que seguimos convencidos

... por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo (EG, n. 266).

En efecto, sólo unidos a Jesús y buscándolo a Él, queriendo, pensando y sintiendo lo que Él ama, es posible *purificar nuestra fe* y convertirnos en verdaderos discípulos misioneros suyos persiguiendo, en definitiva, la gloria del Padre al igual que Él, viviendo y actuando

... «para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1,6). Si queremos entregarnos a fondo y con constancia, tenemos que ir más allá de cualquier otra motivación. Éste es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás. Se trata de la gloria del Padre que Jesús buscó durante toda su existencia. Él es el Hijo eternamente feliz con todo su ser «hacia el seno del Padre» (Jn 1,18). Si somos misioneros, es ante todo porque Jesús nos ha dicho: «La gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante» (Jn 15,8). Más allá de que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra comprensión y nuestras motivaciones, evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama (EG, n. 267).

En tal sentido, si nuestro corazón no se ha dejado interpelar aún por la inquietud «¿*Qué buscáis?*», o si somos capaces de advertir que nuestra experiencia de fe así como nuestros sentido y destino se han circunscrito meramente a lo que nos conviene, y se hayan encerrados aquellos en nuestros propios límites y labilidades humanas, cosificando y secando en los propios intereses, utilidades y deseos pedestres, y hayamos cercenado nuestras motivaciones haciéndolas coincidir con lo que otros quieren de ellas, o bien pretendiendo manipular, obtener, y medir resultados vistosos y estridentes sin dejarle obrar al Espíritu los frutos que Él quiera, entonces la fe y la experiencia de Dios no valen la pena. Puesto que si no existimos, ni vivimos la fe *para la mayor gloria del Padre que nos ama* —y respondiendo a los interrogantes del comienzo—, no vale la pena hoy creer en Dios Uno y Trino, creer en Jesucristo resucitado y en su Espíritu enviado. Y tampoco vale la pena si no nos interesa verdaderamente la con-versión permanente y personal, así como si no se procura estar atentos a “ver”, a “disfrutar” o a gozar realmente de *lo que tales Misterios* nos regalan, nos presentan actualizados y nos prometen...

Si la alegría del cristiano no se irradia ni se nota, y si no nos experimentamos como cántaros, manantiales entregados, que refrescan y desbordan a los demás con la Buena Noticia de la Gracia y Reino de Dios, no vale la pena proclamar la fe, ni autodenominarse cristiano. Si no hemos experimentado la infinita misericordia de Dios que nos sana y redime, que nos alienta e impulsa a llevarla a todos los rincones del mundo, no tiene sentido seguir una serie de rituales, de practicar consuetudinariamente ciertos signos y símbolos, así como auto-exigirse una sucesión de reglas, leyes y normas morales impuestas por una cierta “profanación y desacralización” de los verdaderos misterios cristianos, en los cuales la real relación estrecha y sencilla con Jesucristo nos hace *por añadidura* brotar el discipulado misionero, y vivir sin ningún pesar, ni pre-juicio, ni castigo, ni rigidez hacia los demás, no sólo *Su* voluntad y el obrar bueno, sino el recibir con alegría *Su* alegría y amor sobreabundante, así como las cruces y sufrimientos de la vida:

... un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás. Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de



los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque «hay más alegría en dar que en recibir» (*Hch* 20,35). Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio (*EG*, n. 272).

Sólo en una exquisita y delicada relación de “amorosa obediencia”, es posible vivir y disfrutar de la vida, de la fe, y de la llamada a ser discípulos misioneros. En la conciencia que también debemos asumarnos y enfrentarnos a nosotros mismos y saber que tendremos que luchar día a día no sólo contra los propios errores, sino con nuestras imperfecciones, que a la Luz de Dios Trino, son la excusa perfecta para su presencia serena y tranquila, y manifestación extraordinaria en lo ordinario, que en el silencio y contemplación del coloquio interior nos suplica ardiente y suavemente: «¡Ámame!» (cf. *Ct* 2,8.10), y «ama a tu prójimo», desde todo el amor, entrega y don gratuito, libre y sobreabundante que *ya nos ha dado previamente...*

“Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores».” (*EG*, n. 3). “... No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!” (*EG*, n. 280).